

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología  
XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología  
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos  
Aires, 2018.

# El sepultamiento del Complejo de Edipo y el deseo como imposible.

Mazzuca, Santiago Andrés.

Cita:

Mazzuca, Santiago Andrés (2018). *El sepultamiento del Complejo de Edipo y el deseo como imposible*. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/481>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/Tmg>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# EL SEPULTAMIENTO DEL COMPLEJO DE EDIPO Y EL DESEO COMO IMPOSIBLE

Mazzuca, Santiago Andrés

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Argentina

---

## RESUMEN

Este trabajo parte de una aparente inconsistencia de Freud respecto de lo que motiva el sepultamiento del complejo de Edipo. Para interrogarla, recorre varios textos freudianos con el propósito de circunscribir una imposibilidad que yace en los fundamentos más esenciales de dicho complejo. Finalmente, regresa sobre aquella aparente inconsistencia para volverla objeto de una lectura.

## Palabras clave

Sepultamiento - Edipo - Deseo - Imposible - Freud

## ABSTRACT

THE DISSOLUTION OF THE OEDIPUS COMPLEX AND DESIRE AS IMPOSSIBLE

This paper is based on an apparent inconsistency of Freud regarding the reason for the dissolution of the Oedipus complex. For questioning, it crosses several Freudian texts in order to circumscribe an impossibility that lies in the most essential foundations of said complex. Finally, it returns on that apparent inconsistency to make it the subject of a reading.

## Keywords

Dissolution - Oedipus - Desire - Impossible - Freud

## I. ASUNTO

Este trabajo propone una suerte de conversación con Freud acerca de lo que ocurre en el sepultamiento del complejo de Edipo.

Se trata de una cuestión que en verdad está presente desde muy temprano en la obra de Freud, y que él va abordando a lo largo de los años en numerosos textos y desde múltiples perspectivas. Avanzada su obra, en 1924, dedica finalmente un artículo por completo y de manera expresa a dicho asunto, titulado justamente *El sepultamiento del complejo de Edipo*.

Nuestro trabajo parte de una aparente inconsistencia en ese artículo de 1924 respecto de lo que motiva tal sepultamiento. Desde allí, regresa sobre algunos textos anteriores para interrogar el pensamiento de Freud sobre ese punto. Finalmente, retorna sobre el mismo artículo para proponer una lectura de la aparente inconsistencia.

## II. LA PREGUNTA

Como se sabe, el texto de 1924 gira por completo en torno del Edipo y su sepultamiento, pero esto no significa que la cuestión no se encuentre presente desde mucho tiempo antes en el pensamiento y la clínica de Freud.

En efecto, ya en los *Tres ensayos...*, de 1905, afirmaba con decisión que sobre el final de la primera infancia se produce un viraje por el

cual llega a una conclusión la primera oleada del desarrollo sexual (muy prematura respecto de la maduración biológica) y es relevada por el período de latencia. Freud situaba ya en aquella época que ése es el momento en que se configuran los diques (inhibiciones normales, necesarias) que encausarán el despliegue de la pulsión sexual cuando llegue el momento de su segundo despertar, en la pubertad. Y señalaba al pasar que “en el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación [...]” (Freud 1905b, 161), cuando en verdad es más bien a la inversa: son esos diques los que vuelven posible la educación formal de los niños, que “se limita a marchar tras” ellos (cosa que resulta manifiesta -agreguemos al pasar- si se tiene en cuenta los dolores de cabeza que padecen los encargados de llevar adelante esa tarea educadora cuando no cuentan con ese auxilio que les llega desde afuera). Quedaba pendiente así la pregunta acerca de cuál sería el resorte de aquella operación sobre la pulsión, aunque Freud no descartaba por entonces que participara algún influjo orgánico (*ibid.*).

Pocos años antes, al redactar el historial de Dora, Freud identificaba un momento de su desarrollo infantil en que ella deja de ser “una criatura salvaje” para devenir “tranquila y decente” (Freud 1905a, 72, n.29). Es el momento de la precipitación de los síntomas de la neurosis infantil, que justamente toman el relevo de la primera práctica sexual infantil que cae sepultada. Freud mismo sitúa que Dora atraviesa allí un umbral entre dos etapas de su infancia, agregando significativamente que “la primera tuvo carácter masculino, y la segunda, femenino” (*ibid.*). Es decir que, junto a la instauración de los diques a la pulsión sexual, parece producirse una primera “civilización” de la niña, y una parte importante de ésta consiste en una suerte de adopción de una posición sexuada. En esa oportunidad, Freud no busca el resorte del viraje en condicionantes orgánicos, sino que lo ubica en el encuentro angustiante con la conjugación de la sexualidad y la muerte a través del espiar con las orejas en la intimidad de sus padres (*op. cit.*, 70).

Para señalar ese umbral, ese vuelco, esa transmutación subjetiva con la que concluye (no sin el pasaje por la angustia) el primer florecimiento sexual, Freud acuña en el historial de Dora el término *Umschwung*, que Etcheverry vierte por la extraña pero elocuente expresión de *ímpetu subvirtiente*, y que López-Ballesteros traduce más simplemente como *transformación*.

Ese mismo término, *Umschwung*, es el que Freud vuelve a utilizar cuando habla ya explícitamente de la represión del complejo de Edipo en “El yo y el ello”, de 1923 (p. 36).

Finalmente, en 1924, publica su artículo consagrado por entero a la pregunta acerca de *a raíz de qué cae sepultado el Edipo*.

Como anticipamos en nuestra introducción, en el despliegue de esa

pregunta llama la atención algo que en principio se presenta como una inconsistencia. Ocurre que Freud ofrece de entrada una primera respuesta: “[...] el complejo de Edipo se iría al fundamento a raíz de su fracaso, como resultado de su imposibilidad interna” (Freud 1924, 181, subrayado nuestro).

Sin embargo, inmediatamente después emprende una ilación en torno de la fase fálica infantil y la amenaza de castración, para concluir que es a raíz de dicha amenaza que aquella fase cae sepultada (*op. cit.*, 183); y que, al mismo tiempo, la asunción de la posibilidad de la castración pone fin a las satisfacciones derivadas del complejo de Edipo (*op. cit.*, 184).

Entonces el lector, presumiblemente desconcertado, de golpe se encuentra solo ante la pregunta fundamental, que el texto mismo actualiza y sostiene frente a él: ¿el Edipo cae sepultado a raíz de una imposibilidad interna suya... o a través de la intervención de la amenaza de castración? ¿Cómo leer esta especie de diplopía argumentativa, de inconsistencia teórica?

### III. LA TESIS

Nuestro trabajo se propone plantear una respuesta posible a este problema. Nos parece que puede entenderse que la causa del sepultamiento del Edipo es una imposibilidad interna suya, como señala Freud al inicio... pero que al mismo tiempo la participación de la castración es necesaria porque es a través de ésta que el sujeto simboliza e incorpora aquella imposibilidad.

De esta manera, dos vertientes diferentes confluirían en el nudo que determina el ímpetu subvirtiente que sepulta el Edipo. Por una parte, una vertiente no necesariamente sexual, en la que se trata del encuentro con un imposible. Por otra parte, una vertiente sexual cuyo protagonista es el falo, pero en la medida en que resulta investido como símbolo.

Nuestra tesis consistirá en que el falo resulta investido como símbolo justamente de aquella imposibilidad, que proviene de otro terreno. (Lo retomaremos en el apartado VII de este trabajo.)

### IV. LO IMPOSIBLE EN EL DESEO EDÍPICO

Vamos a desplegar entonces en qué sentido entendemos que hay una imposibilidad intrínseca que atraviesa el Edipo de manera necesaria. Seguiremos a Freud por algunas de sus vueltas en textos anteriores para intentar circunscribir esta imposibilidad con sus propios términos... aunque en definitiva veremos que es trata más bien, en el fondo, de lo que escapa a las palabras.

#### 1. La insatisfacción

Podemos partir del modo en que se presenta la cuestión en el texto mismo de 1924. Freud ilustra allí la imposibilidad edípica de manera narrativa, refiriéndose a la niña que quiere considerarse la amada predilecta del padre y forzosamente deberá vivenciar alguna reprimenda de su parte por la que se verá arrojada de los cielos (¡las metáforas de Freud...!), y al varoncito que considera a la madre como su propiedad y deberá sufrir de golpe la experiencia de que ella le quita amor y cuidados para entregárselos a un nuevo hermanito... Y aunque no se produzcan exactamente estos acontecimientos en particular -señala Freud-, la falta de la satisfacción esperada, la continua denegación del hijo deseado, etc., empujarán

a los pequeños enamorados a apartar su libido de estas inclinaciones sin esperanza. “Así, el complejo de Edipo se iría al fundamento a raíz de su fracaso, como resultado de su imposibilidad interna” (Freud 1924, 181).

Freud plantea así, en forma narrativa, algo que parece recortarse como de *imposible* satisfacción en la expectativa amorosa que el niño tiene hacia sus padres. En definitiva, probablemente se podría afirmar que tal imposibilidad de satisfacción plena se deriva de la naturaleza misma de las cosas de la vida humana, y también del hecho de que el niño es niño.

Ahora bien, para intentar cercar el asunto en términos más estructurales, nos parece que podemos adelantar que tal imposibilidad de satisfacción proviene del hecho de que el amor entre el niño y los padres se topa en cierto punto con la irreductibilidad del deseo que está en su causa.

Vamos entonces a detenernos un momento en la cuestión del deseo en el Edipo, y sobre todo en su núcleo traumático, es decir, de insatisfacción estructural. (Esto pondrá sobre el tapete también la misteriosa relación entre el deseo y el amor. El amor constituye necesariamente una respuesta al deseo, porque es el deseo lo que está en la causa del amor. Pero es una respuesta no suficiente, en la medida que el amor, aunque tiende a recubrir la falta inherente al deseo, no lo consigue nunca por completo. Vamos a formularlo a través de las vueltas de Freud.)

#### 2. La cuestión del ser

Freud ataca de Frente ese núcleo traumático del deseo mediante la sentencia con la que comienza su texto sobre “La novela familiar de los neuróticos” (1909): “En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo” (Freud 1909a, 217). Es decir que Freud parte del amor edípico hacia los padres pero para subrayar la necesidad de una operación que funde un más allá de ese amor (por la vía de un desasimiento). Nos anticipamos para señalar -como se verá en la continuación del texto- que en ese más allá se trata justamente del deseo, y que en la medida en que el deseo se revela como excediendo a su recubrimiento por el amor *de* los padres, tiene valor traumático (doloroso pero necesario justamente para operar ese desasimiento). Sigamos a Freud.

El vínculo amoroso con los objetos edípicos está situado aquí por él en torno de su *autoridad* (cosa quizá cada vez más extraña, tal vez llegue algún momento en que no se sepa ya qué cosa era ésa) y también de su *saber*. Porque “para el niño pequeño, los padres son al comienzo la única autoridad y la fuente de toda creencia” (*op. cit.*, 217).

Inmediatamente a continuación, Freud introduce el hecho de que ese amor está habitado y atravesado por un deseo (lo citaremos en un momento).

Ahora bien, lo interesante de este texto es que Freud no se ocupa tanto de la vertiente sexual del deseo, sino del modo en que el deseo pone en juego algo que resulta difícil situar en palabras y para lo cual a menudo no nos queda otro recurso que la expresión: el *ser*. Por eso dice Freud: “Llegar a parecerse a ellos -vale decir, al progenitor del mismo sexo-, a *ser* grande como el padre y la madre: he ahí el deseo más intenso y más grávido en consecuencias de

esos años infantiles” (*op. cit.*, 217). No podemos dejar de llamar la atención sobre estas palabras de Freud. No dice que el deseo más intenso y grávido en consecuencias de los años infantiles (es decir, el más actuante en la estructuración de la subjetividad del niño) sea poseer sexualmente a la madre, recibir un hijo del padre o cualquier fantasía de contenido sexual perverso polimorfo. Freud está abordando el deseo en una faz más radical pero que no es fácil de apresar. Se trata simplemente de *ser*. El niño captará tempranamente que no es un ser pleno como los adultos (en fin, por supuesto que ningún adulto humano llega nunca a ser un ser completamente pleno, pero al niño le faltan todavía unos cuantos pasos incluso para llegar a la incompleta realización del adulto), y el deseo que constituye a la infancia y la atraviesa de parte a parte no es más que el deseo de llegar a *ser* (“grande”, como sus adultos queridos, así es como se figura y toma forma eso que a su propio ser le falta). Es importante destacar que no se trata de ninguna manera de una expresión circunstancial o pasajera. En “El creador literario y el fantaseo” (1908), apenas previo al artículo anterior, Freud afirma lo siguiente: “El jugar del niño estaba dirigido por deseos, en verdad por *un solo deseo* que ayuda a su educación; helo aquí: *ser grande y adulto*. Juega siempre a ‘ser grande’, imita en el juego lo que le ha devenido familiar de la vida de los mayores.” (Freud 1908a, 129, subrayado nuestro.) Y este deseo de *ser* (grande), que es lo genuinamente actuante en los juegos infantiles, continuará su vigencia en la fantasía de deseo que toma el relevo del juego a medida que el niño crece (*op. cit.*, 128).

### 3. La doble dimensión de la fantasía

Nos parece que Freud se está confrontando aquí con la cuestión del deseo edípico en su raíz. En la obra freudiana, la fantasía de deseo tiene siempre una dimensión doble. Por una parte, está su dimensión sexual, donde se trata siempre de la figuración de alguna clase de satisfacción sexual. Es la vertiente perversa, casi podríamos decir: pornográfica, del deseo. Sin embargo, en toda fantasía de deseo participa también otra vertiente o dimensión, que tiene que ver justamente con el ser. Desde luego, no es que se precise definir el ser considerado en su estatuto ontológico por la vía de la filosofía. Se trata más bien de una experiencia del ser, de una captación vinculada a algo que no tiene nombre, para lo cual recurrimos al auxilio de ese término, pero que podría seguramente expresarse (siempre sólo parcialmente) en cualquier otra conjunción de términos a la que se recurra; por ejemplo: cierta *realización en la vida*. Otra forma podría ser decir que tiene que ver con cierto *sentido de la existencia*. . . e inevitablemente también con su ausencia.<sup>i</sup>

Esta otra faz suele presentarse en la obra de Freud más bien bajo una forma narrativa, poética o novelada. No es casual entonces que en 1909 se refiera a la *novela* familiar del neurótico como modo de situar los avatares del deseo en los vínculos edípicos. Pero está presente desde muchísimo antes, antes del comienzo del psicoanálisis, cuando aquella proto-analizante fundadora, Anna O., que en sus estados histéricos de ausencia profería algunas palabras inconexas, y que luego bajo hipnosis era movida a retomar dichas palabras por su médico tratante, Breuer, respondía reproduciendo las “creaciones psíquicas que la gobernaban durante las ausencias [...] Eran fantasías tristesímas, a menudo de poética hermosura

[...]” (Freud 1910, 10).

Esta vertiente más poética de las fantasías se presenta a menudo bajo la forma de los sueños diurnos. En otro más de ese grupo de textos más o menos contemporáneos dedicados al tema de las fantasías, Freud relata lo siguiente: “Una de mis pacientes, a quien yo había puesto sobre aviso en cuanto a sus fantasías, me refirió que cierta vez se encontró llorando por la calle y, meditando ensiguada sobre el motivo, apesó la fantasía de que había entablado una relación tierna con un virtuoso pianista notorio en la ciudad (aunque no lo conocía personalmente), quien le había dado un hijo (ella no los tenía) y luego la abandonó a su suerte, dejándolos en la miseria a ella y al niño. En este pasaje de la novela le acudieron las lágrimas.” (Freud 1908b, 142) (Qué espinoso habría resultado poner de manifiesto la participación subjetiva de la paciente si ése hubiese sido efectivamente su destino vivido; en cambio, pescándolo así por anticipado, queda en evidencia que la guionista es ella misma, y que nada la forzaba a terminar el libreto de manera tan dolorosa. . .!) Quizá unos años después, cuando introduzca el agregado sobre el masoquismo a sus “Tres ensayos. . .”, Freud estaría en condiciones de afirmar que hay en juego allí una satisfacción sexual. Pero en todo caso, lo que queremos señalar ahora es que se presenta de modo patente esa otra dimensión de la fantasía por la cual pone en juego una forma de realizarse en la vida, un sentido de la existencia, un destino. . .

Podemos ilustrarlo con otro ejemplo, esta vez creación ficticia de Freud, que intenta con esta mínima invención (también literaria) poner de manifiesto el modo en que la fantasía (al apuntar a esta especie de sentido o realización en la existencia, diríamos nosotros), revela su extraña relación con el tiempo. “El nexo de la fantasía con el tiempo es harto sustantivo. [...] una fantasía oscila en cierto modo entre tres tiempos [...] una impresión actual [...] una vivencia anterior, infantil [...] y [...] una situación referida al futuro [...] pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo.” (Freud 1908a, 130) “Supongan el caso de un joven pobre y huérfano, a quien le han dado la dirección de un empleador que acaso lo contrate. Por el camino quizá se abandone a un sueño diurno, nacido acorde con la situación. El contenido de esa fantasía puede ser que allí es recibido, le cae en gracia a su nuevo jefe, se vuelve indispensable para el negocio, lo aceptan en la familia del dueño, se casa con su encantadora hijita y luego dirige el negocio, primero como copropietario y más tarde como heredero. Con ello el soñante se ha sustituido lo que poseía en la dichosa niñez: la casa protectora, los amantes padres y los primeros objetos de su inclinación tierna.” (*op. cit.*, 130-1)

Regresemos al texto sobre “La novela familiar. . .”, y a su más sintética expresión: el *ser*. Encontrar una realización en la vida, darle un sentido a la existencia o cualquier otra forma en que se quiera formular ese núcleo, quedan subsumidas en esa mínima expresión. El deseo que estructura la infancia es el deseo de *ser*. Es deseo de ser “grande”, sí, porque hay que darle alguna forma, algún soporte imaginario. Pero se trata en definitiva del deseo de ser, y en eso radica la estructura mínima y fundamental del deseo. En su raíz, el deseo siempre es deseo de *ser*. Y es siempre deseo de ser *lo que no se es*, por supuesto (que en el caso del niño consiste justamente en ser “grande”).

#### 4. El deseo y el amor

Ahora bien, la cuestión es que este deseo de ser, de ser lo que no se es, o sea, este deseo y su falta en ser, inherente y fundante, se encuentran recubiertos en el Edipo por el amor *de* los padres... de un lado y del otro.

Del lado de los padres, contamos con el agudo señalamiento freudiano de que su propio narcisismo proyectado sobre los hijos los lleva a esperar que en sus retoños se cumpla lo que ellos mismos no han podido ser o tener (Freud 1914, 88). (Es en esto que el amor edípico del niño, aún en su raíz narcisista, constituye siempre una respuesta al deseo de los padres, es decir, a su propia falta, la de ellos. Y ese juego de proyecciones donde se espeja la falta en ser da por resultado el gracioso cuadro de que lo niños por su lado fantasean con ser grandes, mientras por su parte los grandes muchas veces sueñan con volver a ser niños.)

Ahora bien, del lado del niño, ese deseo de ser lo que no se es (o sea, en su caso, de ser "grande"), por estar recubierto por el amor de sus padres, equivale al deseo de ser *como* ellos -que es lo que señala Freud en el pasaje citado-, lo cual seguramente encubre en definitiva una especie de esperanza de llegar a ser *desde* ellos. Así, la falta en ser del niño se encuentra provisoriamente recubierta por lo que Freud, muy elocuentemente, designa en este texto como el "amor total de los padres" (Freud 1909a, 217).

Pero en fin... semejante ilusión está fatalmente destinada (es decir: por estructura) al desencanto.

Freud vuelve a formularlo de manera narrativa: "Ahora bien, a medida que avanza en su desarrollo intelectual el niño no puede dejar de ir tomando noticia, poco a poco, de las categorías a que sus padres pertenecen. Conoce a otros padres, los compara con los propios, lo cual le confiere un derecho a dudar del carácter único y sin parangón a ellos atribuido." (*op. cit.*, 217) Es decir, en términos más estructurales: el niño no puede escapar a la experiencia de que los padres no *son* lo que él creía o quería que fueran.

Pero lo propio vale para el hijo, como señala Freud de inmediato: "Pequeños sucesos en la vida del niño, que le provocan un talante descontento, le dan ocasión para iniciar la crítica a sus padres y para valorizar en esta toma de partido contra ellos la noticia adquirida de que otros padres son preferibles en muchos aspectos. [...] El paño donde se cortan tales ocasiones es evidentemente el sentimiento de ser relegado. Hartas son las oportunidades en que al niño lo relegan, o al menos él lo siente así, y en que echa de menos el *amor total* de sus padres, pero en particular lamenta tener que compartirlo con otros hermanitos. La sensación de que no le son correspondidas en plenitud sus inclinaciones propias [...]" (*ibid.*, subrayado nuestro). Es decir, una vez más, en términos más estructurales: si indefectiblemente caen los padres, es porque al mismo tiempo el niño se ve forzado a hacer la experiencia de que tampoco él *es* lo que creía *ser* para ellos.

Ni ellos son para él lo que él soñó que eran, ni él mismo es para ellos lo que quiso creer que fue.

El despliegue en el tiempo del "amor total" del Edipo pondrá de manifiesto que no era tan "total" como se hubiese querido.<sup>ii</sup> Pero no porque al niño en cuestión no le hayan tocado los padres más convenientes en el reparto, o porque ellos no lo hayan amado lo suficiente... Una vez más, las razones son estructurales: es que no

está al alcance de ese amor solucionar la falta en ser del niño, o sea, resolver su tarea futura de devenir adulto y realizarse en la existencia. Es imposible devenir adulto y permanecer al mismo tiempo recluido en el universo de los amores infantiles.

#### 5. Una formulación lógica

Si quisiéramos proveer de una enunciación estrictamente lógica a esta imposibilidad, aún a riesgo de llevar al límite las formulaciones de Freud, podríamos utilizar esa expresión ya citada con la que él mismo arranca el texto sobre "La novela...". Definamos al ser humano adulto como aquél que se *autoriza* por sí mismo. Salta a la vista de inmediato que es estrictamente imposible autorizarse por sí mismo... si se intenta fundar esa autorización en la *autoridad* de los padres.

En este sentido, ningún ser hablante puede recibir su ser de otro ser hablante. Es así por la estructura misma del lenguaje y de la palabra humanos. Ellos no tienen absolutamente nada que ver con la comunicación en código que se da entre los individuos de algunas especies animales, como las abejas, sino que implican necesariamente un decir para existir; o sea, que cada ser hablante, uno por uno, tome la palabra. No se puede ser (no se puede *hablanteser*) por procuración.

De esta manera, podemos concluir que resulta estrictamente imposible que el amor del Edipo suture la falta en ser que está en la base del deseo que lo atraviesa. He ahí su *imposibilidad interna*.

#### V. GENEALOGÍA DE LA IMPOSIBILIDAD

Si quisiéramos dar cuenta del modo en que una imposibilidad define la estructura del deseo en la obra de Freud en general, deberíamos ocuparnos de otros desarrollos suyos, como por ejemplo aquellos que giran en torno de su concepción de la primera vivencia de satisfacción en *La interpretación de los sueños* (1900). Justamente por fundarse allí el deseo en una huella, se introduce por estructura la brecha imposible de colmar entre la vivencia y su inscripción.

Deberíamos también ocuparnos del modo en que Freud concibe el despertar de la pulsión sexual del recién nacido en sus *Tres ensayos*... Es el afecto de la madre lo que Freud ubica como causa de la pulsión (Freud 1905b, 203). Pero la pulsión, que es un eco en el cuerpo de que hay un decir (Lacan 1975-76, 18), sufre la misma brecha introducida por la estructura del lenguaje. La pulsión es una lengua de un solo signo (la zona erógena) que inscribe en el cuerpo el afecto materno... pero al inscribirlo, lo pierde, y en su lugar no queda más que la inscripción misma. Como consecuencia, la pulsión no sabe nada ni del afecto ni de la madre; o sea, es *autoerótica*. Freud se ocupa de aclarar bien que ese término no significa que la pulsión tenga su causa en el sujeto mismo ni en ningún factor "interno" (acabamos de recordar que señala su causa en la madre), sino que una vez surgida, la pulsión no se dirige hacia ningún otro, no llega más allá de la zona erógena (Freud 1905b, 164, n.15).

Pero no nos estamos ocupando de lo imposible del deseo en la obra de Freud en general, sino más puntualmente de la forma en que interviene en el Edipo. Se podría indagar más el modo en que el imposible edípico se entrama con el imposible del deseo y de la pulsión en su estructura más elemental, pero a los fines de este trabajo puede bastar la formulación que le dimos más arriba.

## VI. UNA VERSIÓN EPISTÉMICA DE LO IMPOSIBLE

En cambio, sí resultará pertinente desplegar una otra forma de presentación de ese imposible en el Edipo mismo, que podemos encontrar en otro de los textos que componen ese grupo contemporáneo dedicado por Freud a la fantasía.

En su trabajo "Sobre las teorías sexuales infantiles" (1908), Freud expone su concepción de lo que llama "complejo nuclear de la neurosis". Con ello se refiere a un proceso de conflicto infantil con los padres que desemboca en una represión, igual que el complejo de Edipo. De hecho muy poco después, en el historial del Hombre de las ratas, utilizará esa misma expresión para referirse al complejo de Edipo, que todavía no ha recibido su designación canónica (1909c, 163, n.39). Esta equivalencia de nominación, así como su parentesco psicodinámico, nos habilitan a entender que ese "complejo nuclear de la neurosis" presentado en el texto sobre las teorías sexuales infantiles constituye en definitiva otra forma en que Freud expone la misma estructura del complejo de Edipo. Lo interesante radica en que la perspectiva que se adopta allí difiere sin embargo de la de otros textos, porque Freud no pone el acento en el plano libidinal o pulsional, sino en el plano epistémico. El objeto en disputa no es un goce sino un saber, el terreno en que se despliega el conflicto no es el ejercicio de una práctica sexual, sino el de una práctica investigativa. El niño quiere saber y choca contra un límite en su relación con los padres. (En definitiva, se puede considerar que ambas vertientes de la relación con el objeto confluyen en una sola y misma cosa, habida cuenta de que la pulsión humana lleva la marca de la estructura del lenguaje, pero el abordaje por Freud de la perspectiva epistémica no deja de revestir un interés propio.) Freud explica entonces que ese esfuerzo de saber no despierta en los niños de manera espontánea sino a raíz de algún acontecimiento que sacude su narcisismo (Freud no introdujo todavía este término pero en su lugar utiliza la expresión "pulsiones egoístas"); por ejemplo, "[...] cuando -acaso cumplido el segundo año de vida- los afecta la llegada de un nuevo hermanito" (Freud 1908c, 189). De ese u otro modo, "[...] el niño pasa a ocuparse del primer, grandioso problema de la vida, y se pregunta «de dónde vienen lo hijos» [...] la pregunta misma, como todo investigar, es un producto del apremio de la vida [...]" (*op. cit.*, 190). Entonces, "si el niño no está ya demasiado amedrentado, tarde o temprano emprenderá el camino más próximo y demandará una respuesta a sus padres o a las personas encargadas de su crianza, que para él significan la fuente del saber" (*ibid.*).

"Pero ese camino fracasa. Recibe una respuesta evasiva, o una reprimenda por su apetito de saber, o lo despachan con alguna información de cuño mitológico que en los países de lengua alemana es: «La cigüeña trae a los hijos...»" (*ibid.*).

Ahora bien: "Los niños descontentos con esta solución [...] son muchos más que lo que sospechan sus padres, sólo que no siempre lo confesarán con franqueza [...] a partir de este primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los «grandes» desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus ulteriores investigaciones." (*op. cit.*, 190-1).

Hasta aquí la cosa parece limitarse a un conflicto interpersonal, pero lo interesante es que Freud continúa y deriva desde allí la es-

tructura de un conflicto psíquico, con su correspondiente escisión anímica. Dice: "Pero así han vivenciado también la primera ocasión de un «conflicto psíquico», pues unas opiniones por las que sienten una predilección pulsional, pero que no son correctas» para los grandes, entran en oposición con otras sustentadas por la autoridad de los grandes pero que a ellos mismos no les resultan gratas. Desde este conflicto psíquico puede desenvolverse pronto una «escisión psíquica»; una de las opiniones, la que conlleva el ser «bueno», pero también la suspensión del reflexionar, deviene la dominante, conciente; la otra, para la cual el trabajo de investigación ha aportado entretanto nuevas pruebas que no deben tener vigencia, deviene sofocada, «inconsciente». Queda de esta manera constituido el complejo nuclear de la neurosis." (*op. cit.*, 191)

Así, "la noticia acerca de las teorías sexuales de los niños [...] resulta indispensable para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales estas teorías infantiles conservan vigencia y cobran un influjo que llega a comandar la configuración de los síntomas" (*op. cit.*, 189).

Es muy importante destacar la puesta en juego por parte de Freud del conflicto psíquico y la escisión anímica. No se trata simplemente de que el niño, de manera intencional, rodee de secreto sus consiguientes investigaciones para evadir las reprimendas de los adultos. Es mucho más que eso: la actividad de investigación en sí misma resulta reprimida, y se proseguirá bajo las leyes de lo inconsciente. Es literalmente una pregunta inconsciente lo que Freud está ubicando de esta manera en el corazón, en el complejo nuclear de la neurosis.

Ahora bien, llegados a este punto nos parece conveniente realizar una pequeña operación de lectura. Porque Freud parece plantear la coyuntura angustiante que moviliza la represión, con el consiguiente traslado a lo inconsciente de la actividad investigativa, a partir del choque de las teorías sexuales infantiles contra una prohibición, una censura. Es lo que se despliega y se ilustra a través del historial del pequeño Hans (1909) -contemporáneo y que Freud cita a continuación en este mismo texto- cuya sospecha y pesquisa del proceso gestacional de su hermanita menor en el vientre materno choca contra la censura de sus padres que lo despachan con el mito de la cigüeña. Por eso Freud interpretará las fabulaciones posteriores de Hans en torno de ese tema como una burla y un desafío (algo disimulados) hacia la autoridad de esos padres que han reprimido así el ejercicio de su curiosidad.

Ahora bien, si en vez de considerar sólo el encuentro de la investigación con una prohibición, le damos prioridad a su encuentro con lo imposible, todo el material movilizado por Freud adquiere un relieve distinto.

Cuando Hans despliega la fabulación de su fantasía acerca de que recuerda que su hermanita estuvo con ellos de vacaciones antes de su nacimiento, no se trata sólo ni tanto de que esté revelando a sus padres, en clave de burla y "parodia" (1909b, 59), que él ya está al corriente del hecho (que efectivamente dedujo) de la presencia de su hermana en el vientre materno previa al nacimiento. Su pregunta apunta más allá de eso, hacia lo insondable mismo. Él se pregunta por la causa, y la remite a un antes que va mucho más allá de la gestación que precede al nacimiento. Si pregunta o aventura afirmaciones respecto de dónde estuvo su hermanita "siempre antes"

(*ibid.*), si se permite consideraciones sobre los “puros niños” (*op. cit.*, 58), es porque resulta propiamente inconcebible que un ser surja de la nada, sin causa, sin un antecedente que haya sido precedido a su vez por otro antecedente. Hans ya se percató de que su hermanita estuvo en el vientre materno. ¿Pero y antes? ¿Dónde estaba antes? Es preciso construir un mito sobre el lugar donde estén antes los puros niños. (Cómo entender esa expresión si no es en el sentido de los que no han nacido aún, puesto que la vida es un continuo ir dejando de ser niño, que comienza desde el nacimiento mismo.)

Hans se está preguntando por la causa, y esa pregunta lo conduce al punto en que resulta imposible responderla. Es cierto, sí, a veces toma la forma de la pregunta por la posibilidad de que advenga otro nuevo hermanito, que lo prive todavía más de los cuidados maternos. Hans pregunta al padre de qué depende que vengan otros nuevos, y el padre se vuelve representante de cierto litoral del saber cuando le responde que no vendrán más “si *el buen dios* no quiere” (*op. cit.*, 76). “«Pero mami me ha dicho que ninguno más le crecerá si *ella* no quiere, y tú dices que si *el buen Dios* no quiere»” -interpela Hans. ¡Es una pena que sea la madre quien imponga la última palabra sentenciando que “si ella no quería, tampoco lo quería el buen Dios”! (*ibid.*)

Hans pregunta acerca de la causa. Y esa pregunta, que no tiene respuesta, se prosigue en lo inconsciente a través de la elaboración de la fobia. Por eso esta última se apropia rápidamente con interés de los carruajes, que en alemán se dicen *Wägen*, y que resultan homofónicos al término *wegen* que significa justamente *a causa de* (cosa que Freud mismo señala al pasar). Y mucho más aún: en el fondo es esa homofonía, sumada a otra contingencia casual, la que comanda la selección del caballo como significante de la fobia. Todo proviene, insiste el analizante, de una ocasión en que los niños repetían una y otra vez *wegen dem Pferd, wegen dem Pferd*, es decir, *por causa del caballo, por causa del caballo*. Cita Freud al pequeño: “«Porque ellos siempre decían ‘por causa del caballo’ y ‘por causa del caballo’» (acentúa el ‘por causa de’ [*wegen*]), «y yo quizá porque ellos dijeron tanto ‘por causa del caballo’, yo quizá cogí la tontería<sup>iii</sup>»” (*op. cit.*, 50). La fobia se apropia de ese material significante para figurar lo que no puede ser respondido en la pregunta acerca de la causa.

Qué importa si le hablan del cuento de la cigüeña o de la semillita de papá en la panza de mamá, o si le leen la enciclopedia entera sobre el aparato reproductor humano... Nada podrá responder cómo es que viene al mundo un nuevo ser, de dónde ha salido, por qué es como es... Hay una especie de hiancia onto-etiológica en ese punto. El ser hablante (que no es un mero hecho biológico, sino un acontecimiento de palabra que pasa a lo real) no tiene causa cognoscible.

Es decir que hay también un *imposible de responder* que se pone en juego en el vínculo edípico con los padres. Y podemos pensar que es en primer lugar ese imposible, y no sólo el conflicto, lo que constriñe a las teorías sexuales infantiles a proseguirse bajo la forma de la elaboración inconsciente que constituirá el núcleo de la neurosis posterior. Aunque seguramente se precise, también, que ese imposible sea redoblado por un límite simbólico de parte de la autoridad edípica, ya sea bajo la forma de una prohibición o de

cualquier otra manera.

Hemos situado entonces la imposibilidad interna al complejo de Edipo desde dos perspectivas confluyentes. Es una imposibilidad de recibir tanto un *ser* como un *saber* completos de parte de los padres.

## VII. EL FALO COMO INSCRIPCIÓN DE LO IMPOSIBLE

Volvamos ahora a la pregunta que nos impulsó a través de estas vueltas dichas freudianas. ¿A raíz de qué se sepulta el complejo de Edipo? Respondemos con Freud, en primer lugar: a causa de su imposibilidad interna.

Ahora bien: ¿cómo explicar entonces la incidencia siempre necesaria del encuentro con la castración para Freud? ¿Qué relación puede guardar con aquella imposibilidad interna?

Aquí retomamos la tesis que anticipamos en el apartado III. El falo cumple un papel necesario en el sepultamiento del complejo de Edipo porque constituye el soporte con que se inscribe simbólicamente aquella imposibilidad.

La idea de que el papel del falo en el Edipo está sostenido en su valor de símbolo (o signo) puede remitirnos mucho más directamente al pensamiento de Lacan que al de Freud. Sin embargo, está notablemente articulada en el texto freudiano cuando señala, a propósito de la masturbación infantil contemporánea, que en ella el goce del órgano “[...] es sólo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo, y a esta referencia [*Beziehung*] deberá su significatividad [*Bedeutung*] para todas las épocas posteriores.” (Freud 1924, 184). Los términos *Beziehung* (referencia, relación) y *Bedeutung* (significado, sentido) remiten a la estructura del lenguaje, y tal como están utilizados en la frase de Freud afirman que el goce masturbatorio no tiene valor más que como signo de algo que proviene del complejo mismo, que deviene así significado por aquél. El goce del falo se recorta entonces como signo (o significante) corporal, investido con un valor en la medida que se convierte en representante de algo que proviene de otra parte, una excitación que proviene del complejo de Edipo mismo.

Reviste una importancia fundamental el hecho de que Freud hace intervenir en ese punto una excitación que no tiene su fuente en el cuerpo, que no es primariamente corporal -podríamos decir-, pero que sin embargo encuentra una vía de “descarga” en el falo en la medida en que éste se vuelve su representante. Podemos preguntarnos qué clase de excitación puede ser ésa... y podemos articularla con nuestras vueltas anteriores sobre el deseo en el Edipo y su corazón imposible.

Si interpretamos esa “excitación perteneciente al complejo” en el sentido del deseo de ser y de saber, que se topa de modo necesario con la imposibilidad que está en su fundamento estructural, podemos pensar que el falo se convierte en el significante de aquél deseo, y que la castración inscribe entonces aquella imposibilidad. O dicho de otra manera: La *imposibilidad* de recibir un ser de parte de los padres se simboliza mediante su redoblamiento por la *prohibición* de recibir de ellos mismos ese goce fálico. La prohibición inscribe simbólicamente un imposible, que en el fondo es real porque responde a lo real de la estructura del lenguaje, pero que requiere ser simbolizado para que el niño pueda situarse respecto de él.

Freud ratifica en cierta manera esta lectura al señalar poco después que el niño “sólo debe de tener representaciones muy imprecisas” en cuanto al comercio amoroso entre sus padres, pero que le resulta cierto que el falo desempeña allí algún papel. De este modo, se puede pensar que lo no cognoscible ni realizable del vínculo edípico queda condensado y representado en el órgano fálico.

Desde luego, esta simbolización fálica de lo imposible del deseo no puede menos que traer aparejada su sexualización, es decir su orientación hacia el campo sexual. En ese punto, el sepultamiento del complejo de Edipo precipita el cierre del primer tiempo del florecimiento sexual, pero deja sentada la base sobre la que se apoyará su segundo despertar, tras la pubertad.

Antes de concluir, corresponde reconocer que todas las lecturas y articulaciones que se presentaron en este trabajo parten de la reelaboración que Jacques Lacan hizo del pensamiento de Freud. La idea de un imposible y una falta en ser como corazón del deseo, la concepción de que el papel del falo se esclarece si se lo considera en su valor simbólico, la consiguiente reformulación del Edipo a partir de la identificación del niño en su ser con el falo materno, todo eso encuentra su lugar central y su sentido en la conocida enseñanza de Lacan de la segunda mitad de los años '50. No insistiremos en esta articulación, porque este trabajo estaba dedicado más bien a desplegar el modo en que, curiosamente, perspectivas lacanianas tan originales se encuentran sin embargo presentes en la obra de Freud.

Quizá convenga concluir que una vez que Lacan introduce su original lectura en esa obra, se ve surgir allí un relieve que antes podía pasar inadvertido. Y a veces no resulta fácil discernir en qué medida ese relieve preexistía en la obra, a la espera de ser leído, y cuánto en cambio constituye directamente un efecto de su redescubrimiento.

## NOTAS

i Digamos al pasar que tal vez sea ahí, en su capacidad para mantener el sentido de la existencia... en equilibrio con su ausencia, donde resida el principio de la cada vez más extraña *autoridad* de los padres.

ii Cabe destacar que cuando Freud se atreve a deslizar semejante expresión en su texto, lo hace sólo bajo la forma negativa de lo que el niño echa de menos... una especie de paraíso perdido que bien podría sospecharse que nunca existió.

iii (Recordemos que “tontería” era una expresión que Hans había adquirido para nombrar su fobia.)

## BIBLIOGRAFÍA

- Freud, S. (1900). «La interpretación de los sueños», en *Obras Completas*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, tomos iv y v.
- Freud, S. (1905a). «Fragmento de análisis de un caso de histeria», en *Obras Completas*, cit., tomo vii.
- Freud, S. (1905b). «Tres ensayos de teoría sexual», en *Obras Completas*, cit., tomo vii.
- Freud, S. (1908a). «El creador literario y el fantaseo», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1908b). «Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1908c). «Sobre las teorías sexuales infantiles», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1909a). «La novela familiar de los neuróticos», en *Obras Completas*, cit., tomo ix.
- Freud, S. (1909b). «Análisis de la fobia de un niño de cinco años», en *Obras Completas*, cit., tomo x.
- Freud, S. (1909c). «A propósito de un caso de neurosis obsesiva», en *Obras Completas*, cit., tomo x.
- Freud, S. (1910). «Cinco conferencias sobre psicoanálisis», en *Obras Completas*, cit., tomo xi.
- Freud, S. (1914). «Introducción del narcisismo», en *Obras Completas*, cit., tomo xiv.
- Freud, S. (1923). «El yo y el ello», en *Obras Completas*, cit., tomo xix.
- Freud, S. (1924). «El sepultamiento del complejo de Edipo», en *Obras Completas*, cit., tomo xix.
- Lacan, J. (1975-76). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro XXIII: El sinthome, 1975-1976*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.